



## < Capítulo 12 >

El gerente del coliseo, Aleph, era un hombre de aspecto elegante. Estaba sentado en una silla de cuero raída y rota, fumando un cigarrillo. Detrás de él había dos miembros de una banda armados con pistolas.

Aleph hizo un gesto con la barbilla, saludando a Kinuan y a mí.

«Envía a este tipo al combate. No hay cuota de participación, y no me importa si muere mientras lucha».

Kinuan fue directo al grano. Aleph levantó una ceja y lanzó la colilla de su cigarrillo hacia Kinuan.

¡Zas!

Extendí la mano y aparté la colilla.

—Parece que te equivocas... No te hemos dejado entrar para atender tus peticiones. Te hemos traído a un lugar donde es más fácil deshacerse de un cadáver.

Aleph se encogió de hombros y se echó a reír. Los miembros de la banda que estaban detrás de él también se rieron, con los dedos en el gatillo.

«... ¿Dónde está el otro tipo? Me refiero a Torah».

Al mencionar el nombre de Torah, Aleph se estremeció.





«Está muerto. Lo pillaron amañando peleas».

Mientras los dos hablaban, evalué el ambiente. Las palabras de Aleph eran una especie de farol. Si realmente tuvieran la intención de matarnos, ya nos habrían atacado. Estaba dispuesto a negociar y hablar.

Me concentré, prestando atención a los sonidos de cualquiera que estuviera cerca.

«Hay dos miembros más de la banda armados fuera de la puerta».

Me preparé para que las cosas se torcieran. Si protegía mi cabeza y mi corazón con los brazos y cargaba hacia adelante, probablemente podría someter a los miembros de la banda que estaban en la habitación. Recibiría algunas balas, pero no deberían ser mortales.



«Entonces...».

Si las cosas se agravaban, los dos de fuera entrarían. En ese momento, contraatacaría con el arma de uno de los pandilleros caídos.

Mmm, lo mejor sería disparar una vez antes de que se abriera la puerta para comprobar si había alguna desviación en la puntería. Por muy hábil que fuera, no podía garantizar un disparo en la cabeza a la primera con el arma de otra persona. Aunque Ilay quizá podría conseguirlo.

«Este cuerpo débil es un fastidio».



Si aún tuviera mis prótesis originales, estaría seguro de poder someterlos sin un solo rasguño.

Solo por imaginar el escenario ideal: primero, lanzaría la sólida mesa metálica contra los miembros de la banda, utilizándola para obstaculizar su visión mientras salían volando. Luego, atravesaría la mesa metálica de un puñetazo, golpeando directamente la cabeza del miembro de la banda. Los dos miembros de la banda que esperaban fuera irrumpirían entonces por la puerta. Para entonces, yo ya estaría empuñando una pistola, agarrado al marco de la puerta, presionando contra la pared o el techo.

«Bang, bang».

Dos disparos en la cabeza y se acabaría todo. Al disparar a quemarropa, no habría necesidad de ajustar la puntería.

Mientras me deleitaba con esta fantasía, Kinuan siguió hablando.

«Torah no es de los que amañan una pelea».

Ante las palabras de Kinuan, Aleph frunció el ceño. Sin embargo, no recurrió a la violencia.

Aleph no podía tratar a Kinuan con desprecio fácilmente. Había un aura innegable alrededor de Kinuan, una sensación de peligro que emanaba de sus gestos y su forma de hablar. Tenía la presencia de alguien que lo había vivido todo.

«Oye, si te gusta tanto divagar sobre alguien que ya no es nadie, ¿por qué no te vas al otro lado de la calle? Allí hay muchas mujeres que escucharán todo tipo de tonterías, siempre y cuando pagues con créditos, claro».



A pesar de la advertencia de Aleph, Kinuan continuó con lo que quería decir.

«El coliseo es un negocio bastante rentable, ¿no? Parece que mataste a Torah para quedarte con él. No estoy aquí para culparte. Después de todo, Torah consiguió su posición matando a su predecesor. Así son las cosas en las calles».

«¿Quién demonios eres tú? ¿Tienes ganas de morir o algo así? ¿Quién está matando a quién ahora?».

Aleph se levantó de un salto de su asiento y los miembros de la banda que estaban detrás de él levantaron sus armas.

«Siéntate, Aleph. Y vosotros, bajad las armas. A menos que queráis uniros a Torah. No repito las advertencias».

Me quedé de pie, impasible, al lado de Kinuan.

Sinceramente, en el fondo... quería que Aleph atacara a Kinuan. Tenía mucha curiosidad por ver cómo manejaría esta situación con sus prótesis más débiles. A diferencia de mí, él no confiaría en un plan que implicara recibir un disparo.

«Maldita sea...».

Aleph levantó la mano para indicar a sus hombres que se retiraran. Volvió a sentarse.

Aleph era lo suficientemente capaz como para tener cierto estatus en los callejones. Como mínimo, tenía instinto para detectar el peligro.





Instintivamente había llegado a la conclusión de que enfrentarse a Kinuan era una mala idea.

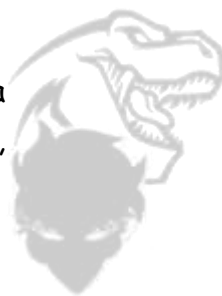
«Una decisión inteligente».

Aleph acababa de salvarle la vida.

—¿Así que vas en serio con lo de enviar a este chico al coliseo como luchador?  
—dijo Aleph, evaluándome. Pude ver cómo sus pupilas brillaban levemente mientras analizaba mis extremidades.

—Tienes mi palabra: no te haré responsable si este chico muere.

Estaba jugando con mi vida con total naturalidad. Pero no dije nada. Yo era quien había pedido este entrenamiento. Aunque eso no importaba: Kinuan, como mi instructor, ya tenía el derecho de decidir si vivía o moría.



«La vida o la muerte no es el problema. No puedes organizar un combate de mala calidad. Sus extremidades ni siquiera están preparadas para el combate. Su cuerpo aún es todo carne blanda. Una vez que empiece, lo harán papilla y lo lanzarán por los aires en menos de un segundo. ¿Crees que el público se lo va a tragar?».

Hmm, un argumento razonable. Sentí la necesidad de asentir con la cabeza ante sus palabras. Sentí que poco a poco este hombre empezaba a gustarme.

El coliseo del mercado negro estaba repleto de locos que habían arriesgado sus vidas por modificaciones ilegales. Eran personas a las que no les importaban los efectos secundarios, que vivían solo para el presente. Pero a cambio, habían ganado poder. Hoy podría muy bien ser el día de mi propio funeral.



«Te lo garantizo... Podría acabar con tu negocio en un solo día. Puedes probarlo si quieres, aprieta el gatillo si quieres. ¿Te parece que estoy pidiendo un favor?».

Kinuan hablaba con descaro, con un tono rico en años de experiencia, mezclando la amenaza con la autoridad. Si yo hubiera intentado decir lo mismo, me habrían disparado en cuestión de segundos.

«Cada movimiento que hace Kinuan está calculado desde el principio».

Kinuan había mencionado primero al anterior gerente. Por eso, Aleph supuso que Kinuan, con su imponente porte, debía de ser un pez gordo.

«Y, por supuesto, tiene razón. Kinuan está más allá de lo que puedas imaginar».

El Imperio era muy consciente de la existencia del mercado negro. Podían irrumpir y destruirlo en cualquier momento. Este lugar solo funcionaba con el permiso tácito del Imperio.

Las manos y los pies de Aleph mostraban un ligero temblor y sus pupilas estaban desenfocadas. Estaba ansioso. Probablemente estaba utilizando todas sus fuentes para averiguar la identidad de Kinuan.

Era un esfuerzo inútil. Las redes de información de estos callejones nunca tendrían detalles sobre un guardia imperial.

«Tengo mucho que aprender de Kinuan».





Observé el comportamiento de Kinuan. Dominaba a su oponente y tomaba el control de la situación sin recurrir a la fuerza. Yo no tenía ese dominio de las palabras.

—De acuerdo, emparejaré al chico con un oponente adecuado a su nivel. ¿Te parece bien? Pero necesitaré algo a cambio por las molestias.

Aleph abrió la puerta a la negociación. Kinuan, como si hubiera estado esperando, le hizo una oferta tentadora.

—Sé dónde guardaba Torah su caja fuerte. Probablemente tengas el ojo de Torah, que es la llave para abrirla, ¿verdad?

Aleph se quedó sin palabras por un momento. Sus pupilas se dilataron con la emoción.

—Ahora tengo mucha curiosidad por saber quién eres. ¿Cuánto sabes exactamente...?

—Solo soy un fantasma del pasado que no necesitas conocer.

Kinuan esbozó una leve sonrisa. Al mencionar la cámara acorazada de Torah, Aleph ajustó su postura y su antigua arrogancia desapareció.

—¿Sería aceptable que confirmara esta información sobre la cámara acorazada, señor?

Su tono se había vuelto excepcionalmente respetuoso. Me costó contener una sonrisa.







Kinuan y Aleph hablaron en susurros. Una vez completado el proceso de confirmación, Aleph estrechó las manos de Kinuan entre las suyas.

—Solo tiene que decir la palabra. Ah, si desea ver el combate, tenemos asientos VIP, con bebidas de calidad y mujeres, si lo desea...».

Kinuan rechazó los halagos de Aleph.

«Solo las bebidas. Y no se ande con miramientos: empareje a este con un luchador de primera».

Con eso, la conversación terminó en un santiamén.

«Dentro de dos horas. Prepárese».

En cuanto llegamos a la sala de espera del coliseo, Kinuan habló. Se acercó a la cámara instalada en la esquina y la apagó. Dada la actitud excesivamente complaciente de Aleph, probablemente no le importaría un pequeño daño material como este.

—¿Quién es Torah?

—Es un viejo amigo mío.

—Así que Aleph mató a su amigo, instructor.

—Se merecía morir. Desempeñaba el papel de jefe de banda en el coliseo, así que es natural que acumulara algo de karma.







Kinuan habló con tono distante. Supuse que habían sido bastante amigos. Si hubiera sido yo, sin importar los antecedentes, habría matado a golpes a Aleph en el acto.

—¿Qué hay en la bóveda de Torah que hizo que Aleph cambiara tanto de actitud?

—Activos ocultos. A juzgar por su reacción, probablemente los haya estado buscando todo este tiempo.

Lo primero que pensé fue que era una pena.

—Deberías haberle dado una paliza y haberle quitado el ojo de Torah allí mismo. Eso es lo que yo habría hecho.

—Si hubiera estallado una pelea, quizá yo habría salido bien parado, pero a ti te habrían disparado.

No podía negarlo.

—Si hubiera llegado a la pelea, ¿qué pensabas hacer?

Le lancé la pregunta que había estado conteniendo.

«Tienes mucha curiosidad por saberlo, ¿eh? Gana esta pelea y te lo diré».

Kinuan señaló una pantalla situada a un lado de la sala de espera. Una pantalla antigua, de al menos varias décadas de antigüedad, parpadeaba con una imagen descolorida.





«Gabriel, el Puño de Acero».

En la pantalla apareció un luchador corpulento con brazos plateados y relucientes. Era dos cabezas más alto que yo.

También apareció el perfil de Gabriel. Medía 2 metros y 30 centímetros y pesaba más de 300 kilogramos. Tenía la nariz torcida en zigzag, probablemente rota más de una vez. Sus gruesos labios se habían partido y curado repetidamente, lo que les daba un aspecto grotescamente hinchado. Sus ojos también eran inusuales: cada uno era de un fabricante diferente, lo que los hacía desiguales tanto en tamaño como en color.

Era un tipo realmente horrible.

—Hmm, parece que sería popular entre las mujeres.

Kinuan se rió mientras hablaba. No estaba siendo sarcástico, era una afirmación sincera. Y yo entendí perfectamente lo que quería decir. Al fin y al cabo, yo también era de los barrios bajos.

Un tipo que es «popular entre las mujeres» por aquí... es uno que gana mucho dinero y muere rápido.

\* \* \*

«Recuerda el consejo que te voy a dar, Luka. Es lo más importante del Método de Combate Arkies».

Kinuan habló justo antes de que entrara en el coliseo.



«¿Un consejo?».

Me quedé quieto en el pasillo que conducía al coliseo, esperando las palabras de Kinuan.

«... Adáptate a lo que te den».

Fruncí el ceño involuntariamente. Adaptación era una palabra que no me gustaba.

«Me enseñaron que la adaptación es derrota».

«El agua no pierde. Solo cambia de forma. Tienes potencial. Me di cuenta desde el momento en que desviaste una bala sin un sistema de predicción de trayectoria balística. Y cuando viniste a mí por tu cuenta, me sorprendió de verdad. Era como si alguien con el talento adecuado hubiera sido atraído aquí por algo».

«De repente me estás elogiando».

«Bueno, al fin y al cabo, podría ser tu último momento».

Kinuan lo dijo con una sonrisa feroz.

Me eché a reír en respuesta. Quizá fuera porque estaba en los distritos más bajos, pero me sentía más a gusto de lo habitual. Probablemente Kinuan sentía lo mismo.





Después de hoy, pensé que quizá podría acercarme más a Kinuan. Si, como él decía, sobrevivía.

\*Paso, paso.\*

El coliseo se acercaba. La voz de Aleph retumbó a través de los altavoces.

—¡Desafiando a Gabriel, el Puño de Hierro, en su primer combate! ¿Podría este chico ser un David? ¡Un simple novato, que ni siquiera ha perdido su inocencia! Su nombre es... ¡Good, Good Boy!

Good Boy... claramente inventado en el momento. Sacudiendo la cabeza, entré en el coliseo.

—¡Boooo! ¿Qué clase de idiota viene aquí?

—¿Has venido aquí a morir, imbécil?

«¿Qué es esto? ¿De verdad han vendido entradas para este combate?».

Las quejas llenaban el coliseo. Pero a través de ellas, podía oír débilmente el deleite de sus retorcidos deseos, filtrándose en mis oídos.

«Oh, nos espera un buen espectáculo».

«¿Es hoy el día? Un espectáculo de matanza. Ha pasado mucho tiempo. ¿Quién iba a imaginar que Aleph organizaría algo así?».





Los oscuros deseos de personas ansiosas por ver la sangre y las vísceras de otros. Ese tipo de expectación me empujaba por la espalda. Estaban ansiosos por ver mis miembros destrozados, mi pecho y mi vientre aplastados. Incluso vi a algunos fanáticos agarrándose a sí mismos con emoción.

No estaba mal. De hecho, estaba bien. Por fin sentí que había vuelto a casa.

Sonreí.

